

¡Hasta siempre, Miguel!

EL PASADO 13 DE SEPTIEMBRE nos dejaba Miguel Asensio Guajardo, compañero en las labores de prensa, comunicación y publicaciones de la Diputación de Zaragoza. Lo hizo tras una larga lucha contra la enfermedad que duró diez años y a la que ganó la batalla en dos ocasiones. Fue una década de sombras pero también de sus mejores luces, al menos en el plano profesional. De estos años, además de su trabajo diario, primero en Heraldo de Aragón y después en la Diputación de Zaragoza, fueron sus numerosas publicaciones en diferentes revistas y libros, siempre bajo el denominador común de recuperar la memoria histórica, ya fuese de personas con nombres y apellidos, o de costumbres y tradiciones.

Nacido en Zaragoza el 29 de septiembre de 1966, aunque de origen alhameño, residió en la capital durante sus primeros años de vida, si bien los veranos transcurrían en Alhama de Aragón, localidad natal de su madre, de la que fue pregonero en las fiestas de San Roque del año 2001.

Periodista autodidacta, inicia su trabajo como corresponsal de Heraldo de Aragón en 1988 en la comarca de Valdejalón, cuando por aquel entonces su familia fijó su residencia en La Almunia de Doña Godina. Posteriormente, en 1990, pasa a trabajar en la redacción zaragozana de Heraldo como redactor especializado en temas comarcales que, en numerosas ocasiones, llegaron a ser primera página del veterano diario.





Su profundo conocimiento del “Cuarto espacio” aragonés y de sus numerosos contactos con alcaldes y concejales de la provincia, fue sin duda un motivo decisivo para que en julio de 1999 fuese nombrado jefe de Prensa de la Diputación Provincial de Zaragoza y, posteriormente, en 2003, coordinador de Comunicación, Imagen y Publicaciones, siendo impulsor de esta revista que hoy, lamentablemente, le recuerda aunque no como

quisiera. Desde este puesto, fue asesor indispensable de numerosos alcaldes y colectivos de la provincia que pedían su consejo para publicar, a través de la Diputación de Zaragoza, libros, revistas, folletos o guías.

Fue una persona comprometida con su entorno más próximo: su familia, sus amigos, sus pueblos, sus colectivos. Es largo el listado: miembro de la Asociación cultural L’Albada de La

Almunia, que llegó a presidir, y de la asociación de amigos del cine Florián Rey de la misma localidad, colaborador habitual de Iniciativa cultural Barbacana de Calatorao y secretario de la junta directiva de ADIVAL, asociación para el desarrollo integral de Valdejalón. Formaba parte asimismo de la Asociación de la Prensa de Aragón y del Consello d’a Fabla Aragonesa.

En materia de publicaciones, coordinó la reedición facsímil del libro “Apuntes geográficos e históricos sobre Alhama de Aragón” que escribió su bisabuelo, Amalio Ramón Guajardo, en 1924, y que el Ayuntamiento alhameño reeditó en colaboración con la DPZ en la década de los noventa. Autor asimismo de otras investigaciones sobre el dance de Cabañas de La Almunia y el desaparecido dance de Calatorao. Fue miembro del consejo de redacción de la revista “La Replazeta” de La Almunia y colaborador habitual de las revis-



tas “Rolde” del Rolde de Estudios Aragoneses y “Gaiteros de Aragón” de la Asociación de Gaiteros de Aragón.

Pero si hay un libro, un trabajo de investigación que realmente le marcara, fue su obra “Lloviendo piedras, crónica de la II República y de la represión fascista en Calatorao”, que escribió junto con el historiador Manuel Ballarín. Sus páginas rinden un homenaje a los calatortenses represaliados por el franquismo, cruelmente asesinados y condenados al olvido durante años. Recuperar la memoria de estos hombres y mujeres fue su granito de arena en apoyo a la causa que desde hace años trata de poner fin a una condena para miles de familias españolas que no han podido siquiera enterrar a sus muertos porque desconocen su paradero.

Es un largo currículum para alguien tan joven e inquieto. Pero en las distancias cortas siempre



quedan registradas esas otras caras que nunca aparecen en las reseñas biográficas. A sus compañeros nos gusta recordarle con su aire de eterno despistado y bonachón, risueño, siempre conciliador y entregado a plácidas charlas, máxime si éstas estaban organizadas alrededor de buenos y representativos dulces de la tierra. Si

elegimos una imagen suya, nos quedamos –por encima de todo– con la de un Miguel ufano y orgulloso de su hijo Francho y de su mujer Tere, sus grandes amores, sus mejores éxitos, su mejor legado.

¡Hasta siempre, compañero!

¡Hasta siempre, amigo! ■

